Puñales

Leo Timossi

Image not found.

Capítulo 1

Voy a contar algo que no debería, que no corresponde que diga en esta página, pero esta noche tomé mucho whisky y ya todo me importa una mierda: hoy, después de muchos años, arreglé algo así como una cita, una cena con pretensiones románticas. Y ya que habla el alcohol, lo confieso: terminé apuñalando el oso, liquidando al teddy bear.

Arranqué a prepararme a las cuatro y media de la tarde. Fui para el centro y me compré una camisa, blanca con ribetes negros, de esas que usan lospibes que tienen onda. Después, que no se diga, invertí en un perfume, porque escuché por ahí que en eso se fijan las mujeres. Como la tarjeta de crédito no se derretía, opté por comprarme también jeans, zapatos, traba corbatas, pisapapeles, libros que pensaba dejar en el auto para parecer más intelectual e interesante de lo que nunca puedo llegar a ser. Al caer el sol me sentía tan contento y seguro con mi nuevo yo que le terminé comprando un regalito, porque siempre fui así, generoso con las cosas que se pagan con cualquier cosa que no sean minutos.

Cerca de las 20 entré en crisis y sentí que toda la ropa que me había comprado me hacía ver como un gordo ridículo que trata de forma muy aparatosa ocultar que es un gordo a secas. Pensé en cancelar y redacté cincuenta veces de formas distintas una disculpa que anule el asunto. Pero no me animé. No tuve huevos ni para no tener huevos. Me quedé sentado en el auto, hojeando un libro de mandalas que compré para parecer copado y dejarlo en el buche de la puerta, preguntándome para qué carajo me metí en donde me metí, si estaba tan tranquilo ahí, en la cueva, sin mujeres dando vueltas que me hagan perder lo que me quedaba de autoestima.

Ya rondando las 22 prendí el auto y dije, que se vaya todo a la mierda. Ya perdí en esta vida más de lo que había aspirado tener. Puse *Spotify* y armé una lista con temas de Arjona, para recordarme que en esta existencia siempre se puede estar peor, para reconocer que yo también me sé todas sus letras. Eran las diez de la noche y piloteaba mi nave…

Cuando llegué a la puerta de su casa, me soné el cuello tres veces, me golpeé la cabeza contra el volante y como un rugbier en la boca del túnel, me dije “Vamos eh, vamos!”. Bajé y con una fuerza notable de voluntad, toqué timbre, fingiendo ser valiente aunque sea una vez.

No me atendió nadie. No estaba, de hecho. Se había olvidado y rajó para otra parte, supe después. Por eso terminé tomando whisky. Por eso se los estoy contando.

Por eso terminé acuchillando el peluche que le compré.